

Viajes y belleza

A veces me he preguntado qué buscamos cuando cogemos la maleta y nos vamos unos días de viaje. La respuesta que puedo dar es siempre singular, la mía. Lo que yo busco cuando me marcho un tiempo por ahí no es desconectar. Una lectura me puede aislar y por lo tanto desconectar mucho más que un viaje. La distancia, que yo sepa, tampoco lleva consigo el olvidar las cosas que nos preocupan. Mi respuesta es la belleza. Uno busca ese rincón que nos hace estremecer quizá por un recuerdo, quizá por esa luz diáfana que tienen ciertas cosas para cada uno de nosotros, quizá por el silencio que envuelven a otras, abriéndonos una puerta en la noche de los tiempos, haciéndonos retroceder a siglos pasados donde los hombres vivían de otra forma, en otras circunstancias. Eso que consigue estremecerme en un momento dado es lo que yo llamo belleza. Vuelvo a reiterar que es siempre muy particular aunque podamos estar de acuerdo la mayoría de los mortales en que, por ejemplo, en el Réquiem que compuso Mozart la hay a borbotones.

Yo tengo especial predilección por esas iglesitas románicas que abundan en el norte, sobre todo si están en mitad del campo. Me viene a la cabeza Santa María del Naranco en Asturias y Santa María de Eunate en Navarra. Belleza en estado puro para mi gusto, pero existe en muchos sitios, en muchas personas. Solamente hay que saber mirar. No tengo prisa cuando estoy cerca de ellas. Me gusta sentarme e imaginar a los constructores, mirar con detenimiento lo que representan los capiteles, imaginar al peregrino que buscó cobijo en ellas al ser sorprendido por la noche o una tormenta. No es mística, es sencillamente belleza. Si es que ambos términos pueden separarse.

En mi último viaje también ha habido encuentros especiales con la belleza. Esta vez de una manera sorprendente porque éramos legión la cantidad de turistas que estábamos allí. Viajar en agosto tiene esos inconvenientes. Fue en Mont Saint Michel, en esa zona indeterminada entre Normandía y Bretaña. La marea estaba baja y el mar se veía lejano. Subiendo a la abadía imaginaba cómo sería una visita a aquel lugar en un fin de semana de invierno, en enero por ejemplo, sin apenas turistas. Las sensaciones tendrían que ser totalmente diferentes. El lugar es impresionante. Los monjes siempre han sabido elegir los sitios donde asentarse. La iglesia erigida durante siglos tiene una mezcolanza de estilos que no la hace especialmente atractiva a mis ojos. El lugar sí, un montículo sobresaliente al borde mismo del mar, que queda aislado en las mareas especialmente altas. La iglesia ocupa el lugar más alto del monte. Las vistas, un lujo. Creo que imborrables de mi memoria. Tuvimos la fortuna de visitar la iglesia a la hora en que el reducido número de monjes comenzaban la oración de vísperas. Había estado sentado en la iglesia, como suelo hacer, pero cuando comenzaron la oración mi reacción fue sorprendente: irme. Me sentía un intruso, un violador del silencio, que era, durante siglos, lo que esas personas habían buscado en aquel lugar. Me sentí avergonzado e incómodo por los disparos de las cámaras. A veces creo que mostramos el haber estado en un lugar por las fotos que tenemos de él. Pero un lugar no son unas imágenes sino

una sensación y a veces es preferible volver con la cámara vacía pero con la cabeza llena de sensaciones, de misterio, de esa atmósfera particular que hay en cada lugar. Más de ochocientos años llevan los monjes rezando vísperas en esa abadía, no sé si eso se puede recoger con un obturador que se abre en una fracción de 1/125 s. Creo que hubiera sido mejor por parte de todos participar del silencio, unirnos desde nuestras convicciones (ateas o religiosas) a aquel acto, pero en esta sociedad huimos del silencio. Parece que el conocimiento de un lugar es directamente proporcional a la cantidad de fotos que tengamos de él.

De la iglesia pasé al claustro y de ahí al magnífico refectorio. Una sala colgada del cielo con un púlpito precioso donde el monje de turno leía mientras los demás comían. Ahí sí me paré y ahí sí me metí en otro tiempo. Salí recordando una estupenda versión del Pange Lingua en las voces de Moedades que aquí te dejo. Momentos que valen un viaje, aunque no sea necesario hacerlo para darte de bruces con ella. La belleza sigilosa y discreta anda siempre cerca.

A. G^a Santiago